

alemanes, el caballero tomará un vaso de vino del Rhin que tendré el honor de ofrecerle; es del Joannisberg.

En aquel momento entró el mozo llevando en una bandeja dos vasos con una botella de cuello largo. El señor Simrock quitó uno de los dos vasos de la bandeja, llenó el otro, y me lo presentó.

—¿Y vos? le pregunté.

—Sería, me dijo el señor Simrock inclinándose, un gran honor para mí.

—¿Y sabéis, señor Simrock, le dije brindando con él, que teneis modales de gran señor que deben causar embarazo á vuestros huéspedes?

—Caballero, rara vez me encuentro en otra parte que en mi habitacion, entre mis libros de cuentas, y mis libros de poesia. Tengo una bonita biblioteca, una fonda bien acreditada; soy feliz, sobre todo cuando...

—¡Oh! nada de cumplimientos, señor Simrock, os lo suplico; permitidme tan solo que el mozo vaya á buscarme un cicero.

—Es inútil, se enganchan los caballos al carruage.

—¿Cómo! ¿los caballos al carruage?

—Sí, y si lo permitís, tendré el honor de conducirle yo mismo. No tenemos mucho que ver, mas de eso poco me lisonjearé y seré feliz haciéndoos yo los honores.

No había medio de negarse á ofrecimientos hechos de aquel modo. Vinieron á avisar que los caballos estaban enganchados, y subimos al carruage.

El señor Simrock tenia razon: Bonn contiene pocas cosas notables. Así, luego que se ha visitado su catedral, edificada segun el estilo bizantino, en el terreno de una iglesia fundada por la emperatriz Elena á principios del siglo IV; su casino, donde estaban á la sazón espuestos los diseños del monumento de Beethoven; el jardin de la Audiencia, con su magnífica azotea que da al Rhin, se ha visto casi todo. Esto venia perfectamente á mi apetito, y como volvimos á las tres en punto, no tuve mas que sentarme á la mesa.

La comida era excelente; esta era la primera vez que hacia una verdadera comida desde Lieja.

Después de comer, el señor Simrock me propuso ir con él á dos nuevas correrías; una al otro lado del rio, al antiguo convento de Schwartz Rheindorf; la otra, á la parte de la ciudad, al Krenzberg. Como se presumirá, acepté sin vacilar.

Tomamos una lancha, y atravesamos el Rhin.

Schwartz Rheindorf es una antigua iglesia colegiata muy notable, con dos bóvedas sobrepuestas. La superior forma la iglesia misma; la inferior está dedicada al panteon del elector Arnoldo II, fundador de la iglesia y del convento de religiosas unido á ella, y que posteriormente fué edificio capitular de agusti-

nas. Entre los sepulcros está el de Santa Adelaida de Quelder.

Esta Adelaida de Quelder era, segun creo, hermana del emperador Othon III. Espero que me dispensará si me equivoco en algun número; porque escribo por tradiciones verbales y no con arreglo á documentos impresos. Como piadosa superiora que era, ejercitaba á sus religiosas en el canto, todas cantaban á cual mejor escepto una sola, la mas linda de todas, cuya voz desafinaba de tal modo, que hacia perderse á toda la comunidad. Esta falta de organizacion desesperaba de tal modo á la buena superiora, que en un momento en que la pobre monja la desgarraba el timpano con su falsete infernal, se encolerizó de tal modo que no pudo contenerse; la dió un bofetón tan vigoroso, que la religiosa cayó al suelo atacada de convulsiones; mas tambien cuando cesaron las convulsiones, quedó asombrada de cantar como un ruiseñor.

Desde entonces no quedó duda de que la gracia eficaz se habia comunicado á la monja por el contacto de la piadosa mano que la habia tocado, y cuando la madre Adelaida falleció, aquel bofetón tuvo gran parte en su canonizacion.

Volvimos á pasar á la orilla izquierda del Rhin donde nos esperaba el carruage; en tres cuartos de hora nos condujo al Kreuzberg. Lo que ofrece de mas notable este convento es un panteon que conserva admirablemente los cadáveres. Como habia visto la Morgue de San Bernardo y los subterráneos de los Capuchinos, en Palermo, esta tercera representacion me pareció menos curiosa que las otras dos, y después de habernos detenido un momento en la azotea para admirar el paisaje que se estiende desde allí, de un lado hasta las Siete montañas, y del otro casi hasta Colonia, emprendimos otra vez el camino de la ciudad.

Habia dejado pasar la hora de tomar una friolera, pero el señor Simrock me dijo que aun podia cenar y después de cenar tomar el té, lo cual era una compensacion de la comida que perdiera. Desgraciadamente habia comido tan bien que estos ofrecimientos por mas incitadores que fuesen no podian tentarme. Por otra parte, desde que habia podido apreciar la cortesania del señor Simrock, me propuse á hacerle otra demanda.

Era esta una cama donde un francés pudiese dormir.

Esto exige explicacion.

En general, nosotros los franceses, y sea dicho para la instruccion de los pueblos extranjeros, dormimos en una cama: de ordinario, se compone esta cama de un catre de tres pies á tres pies y medio de ancho, y de cinco pies y ocho pulgadas á seis pies de largo. Sobre este catre se pone un colchon de cerda, otro de pluma, uno ó dos colchones de lana, un par de sábanas blancas, una colcha, un travesero y una almohada; se remete la ropa

aquel para quien está destinado el lecho se desliza entre las sábanas, y aun cuando no haya tomado una gran cantidad de café negro ó té verde, y teniendo buena salud y una conciencia pura se duerme; en cuanto á la duracion del sueño, esto depende de la organizacion.

Ahora bien, en un lecho como este, todo hombre, sea alemán, español, belga, ruso, italiano, indio ó chino puede dormir; á menos que no tenga mala cama.

Pero en Alemania no sucede así con respecto á las camas.

He aqui de qué se compone un lecho alemán.

En primer lugar, de un catre de dos pies á dos pies y medio de ancho, y cinco ó cinco y medio de largo. Procusto ha viajado por Alemania, y ha dejado allí sus modelos.

En este catre se tiende una especie de sacco lleno de virutas, destinado á reemplazar al colchon de cerda.

Sobre el sacco de virutas se echa un enorme colchon de plumas.

Sobre el colchon de plumas se coloca una sábana mas corta y estrecha que el colchon de plumas: el posadero llama á este pedazo de lienzo una sábana, pero el viajero no le reconoce ni aun como una servilleta.

Por último, sobre aquella sábana ó esta servilleta, como se quiera llamar al lienzo en cuestion, se tiende una colcha entretelada de pluma menos reenchida que el colchon de la misma materia.

Dos ó tres almohadas apiladas en la cabecera, completan esta estraña andamiada.

Si es un francés el que se acuesta en esta cama, como el francés es un pueblo vivo y efervescente, esta es la reputacion que tenemos en Alemania; el dicho francés se mete en él sin precaucion, de modo que á los cinco minutos las almohadas se han caido de un lado, la colcha cuelga del otro, la sábana se arrolla y se hace invisible; tanto, que el susodicho francés se encuentra hundido en su colchon de pluma, sudando de un lado de su individuo mientras el otro está helado.

Tiene la eleccion.

Si es un alemán, como el alemán es un pueblo tranquilo y virtuoso, el dicho alemán comienza por quedarse con sus calzoncillos y sus medias; después levanta con precaucion la colcha entretelada, se acuesta de espaldas, apoya los riñones en las tres almohadas y los pies en la estrechidad del catre, de modo que forma una ∞ ; descansa sobre sus rótulas la colcha, cierra los ojos, se duerme y se despierta al dia siguiente por la mañana sin haber cambiado de posicion.

Peró se comprende que para llegar á este resultado, es preciso tener la calma y la virtud de un alemán.

Yo no sé cuál de estas dos cualidades me faltaba, pero lo que sé es que no dormia, que

adelgazaba visiblemente, y que tosia hasta romperme el pecho.

He aqui por qué pedí una cama á la francesa.

El señor Simrock tenia seis.

Estuve para darle un abrazo.

Me condujeron á mi habitacion. Mi huésped no me habia engañado, era una verdadera cama, con un verdadero colchon de cerda, verdaderos colchones de lana, verdaderas sábanas, colcha y travesero.

Iba, pues, á acostarme con el sentimiento de satisfaccion que se deja adivinar, cuando llamaron á mi puerta.

—¿Quién está ahí? pregunté.

—Perdonad, caballero, soy yo, respondió el mozo.

—Y bien, ¿qué me queréis?

—Vengo de parte de un inglés que no ha podido veros, caballero, á preguntaros si queréis hacerle el honor de beber un vaso de vino del Rhin ó de Champagne con él.

—¿Y quién es ese inglés?

—Un estudiante.

—Eso es otra cosa; entonces decid que bajo.

A pesar del deseo que tenia de dormir, no me disgustaba se presentase esta ocasion de hacer conocimiento con un estudiante. Seguí, pues, inmediatamente casi al criado; solo si me meti la llave de mi habitacion en el bolsillo, por temor de que si la dejaba en la puerta se equivocase alguno de cama.

Al entrar en el comedor, miré á todos lados, y no vi mas que á dos bebedores, el mas jóven de los cuales me parecia tener de cuarenta y cinco á cincuenta años. El de mas edad de los dos bebedores se levantó.

—Perdonad, caballero, me dijo en muy buen francés, aunque con un acento de ultramar algo pronunciado: la persona á quien buscaís soy yo. En seguida, volviéndose hácia su compañero:

—Milord, el señor Alejandro Dumas.—Señor Alejandro Dumas, milord S....

Yo me incliné.

—Perdonad, caballero, le dije á mi vez, pero me habian hablado de vos como de un estudiante....

—Y bien, caballero, os han dicho la verdad. Sentaos, pues.—Tomo asiento.—En todas las edades se estudia.—Me echa un vaso de Joannisberg.—Yo, por ejemplo, he estudiado desde la edad de seis años hasta la de veinte, en las universidades de Oxford y de Cambridge; he estudiado desde veinte hasta treinta, los perros, los caballos, los hombres de Estado, las mugeres y el juego; á los treinta años comencé mis viages; al pasar por Heidelberg ví á un profesor que me pareció muy fuerte en teología, y resolví estudiar la teología. Era ya bastante sabio en teología, cuando un dia, bajando por el Rhin, me detuve en Bonn, y ví al profesor Keisel, el primer filósofo de todas las universidades de Alemania: me pareció

difería en algunos puntos de creencia con mi teólogo, y resolví ponerlos de acuerdo reasumiendo los dos sistemas en uno. Desde entonces subo y bajo el Rhin, desde Manheim hasta Bonn, comiendo tranquilamente mis dos mil libras esterlinas de renta, que no me bastarian en Londres, y que aquí me hacen rico. Habia resuelto recorrer el mundo; pero he sido mas feliz que Mahoma: no soy yo quien ha ido á la montaña, la montaña es la que ha venido á mí. El Rhin es á la Europa entera lo que el Paso del Perron es á París: todos los extranjeros que hay en él, le atraviesan. Yo estoy aquí como un cazador en espera: acecho la caza. Desde que los periódicos han anunciado vuestra llegada á Bruselas, me he dicho que pasarais por aquí: habeis pasado. Ya veis, pues, que soy un verdadero estudiante; por la mañana estudio la teología ó la filosofía; por la tarde estudio á los hombres, por la noche los vinos, y Dios mediante, estudiaré asi el resto de mi vida. ¿Qué decis de este Johannisberg? Es del verdadero de 1834: el señor de Metternich no le tendria mejor para ofrecerle al emperador de Austria, si el emperador de Austria fuese á pedirle una comida en su castillo.

—Es excelente.

—Sin contar que tengo discipulos. Mirad, he aquí á milord S...., por ejemplo (nos saludamos de nuevo milord S.... y yo), bajaba por el Rhin, y no pensaba mas que pasar á Bonn. Le habian escrito que su muger estaba muy mala. Perdonad si milord S.... no toma parte en la conversacion; no habla francés. Pasaba, pues; hice le suplicasen me honrase bebiendo un vaso de toast; consintió en ello: discutimos acerca de la superioridad del vino de Champagne sobre el del Rhin, y *vice-versa*. —Probad este Ai; es rosa espumoso de 1828, del mejor seco de Moët. —¡Y bien! todavía discutimos. Su muger habia muerto en tanto, lo cual ha causado gran disgusto á milord; pero hemos encargado un sepulcro para la difunta en Maguncia. Vamos á verle de vez en cuando; esto le consuela. Dice milord que en cuanto el sepulcro esté concluido, le acompañará á Inglaterra; yo digo que le enviará sencillamente á Rotterdam, donde le embarcarán para Londres, y que milord permanecerá aquí discutiendo conmigo acerca de las diferentes clases de vinos. ¿No es así, milord?

Milord hizo una señal con la cabeza, alargó su tercer vaso, y su compatriota le llenó hasta el borde de un vino rojo espirituoso como el de Saint Peray, y trasparente como el rubí.

—Es de Ingelheim, me dijo el inglés, casi un compatriota vuestro. Probadle.

—No conozco ese nombre entre nuestros vinos de Francia, le respondi.

—Verdad es; porque Ingelheim es la antigua residencia de Carlo-Magno. Pues el anciano emperador, que estimaba lo que habia de bueno en Francia, habia apreciado un precioso vino de Orleans; hizo traer de allí cepas

que él mismo plantó. Lo que probais ahora está sacado de las plantas descendientes de las que el mismo Carlo-Magno metió en la tierra. Este es el vino favorito de milord: con este es con el que sencillamente le detengo.

—Es preciso para eso que no fuese muy grande el amor á su muger.

—Por el contrario, la adoraba. Vais á verlo, voy á hacerle llorar.

—Milord, dijo el estudiante dirigiéndose á su camarada.

—¿*What do you want* (1)? respondi éste.

—¿*Shall we not go presently and see how they are going ou whith the tomb of that dear lady* (2)?

—¡Heu! dijo el inglés, y dos gruesas lágrimas cayeron de sus ojos. Las enjugó con una mano, y con la otra alargó su vaso diciendo:

—*Another glass of this capital Ingelheim* (3).

—Me he equivocado en una botella, dijo el estudiante echando otro vaso de Ingelheim al pobre viudo. Una botella mas, y se hubiera deshecho en lágrimas; jamás falta.

—Pero sabeis, dije á mi anfitrión, que milord no habla mejor los demas idiomas que el francés?

—Milord es meditabundo, y como el jóven Hauslet, habla con sus propias ideas, ¿no es así, milord?—*To be, or not to be*.

—*Another glass of this capital Ingelheim*, repitió milord.

—¿Acaso cuando estais solos no tiene vuestro discípulo otra conversacion mas variada que ahora? pregunté. En ese caso, al paso que va, no podrá haceros pie largo tiempo.

—Desengañaos. Asi estará entre tres y cuatro de la madrugada.

Miré al reloj iban á dar las doce.

—Siento no saber bastante inglés para felicitar á milord en su propio idioma.

—Milord, dijo el estudiante: *His gentleman paix you his dest compliment* (4).

Milord se incorporó y me respondi con una frase inglesa.

—¿Qué dice milord? pregunté á su camarada.

—Dice que si alguna vez vais á Inglaterra, está completamente á vuestras órdenes.

—¡Oh! se lo agradezco mucho.

—Y yo, caballero, digo que si volveis á bajar ó subir por el Rhin, espero que me hareis el mismo honor que me habeis hecho hoy. Siempre me encontraré entre Manheim y Bonn.

—Estad seguro, os lo ruego, que no dejaré de hacerlo.

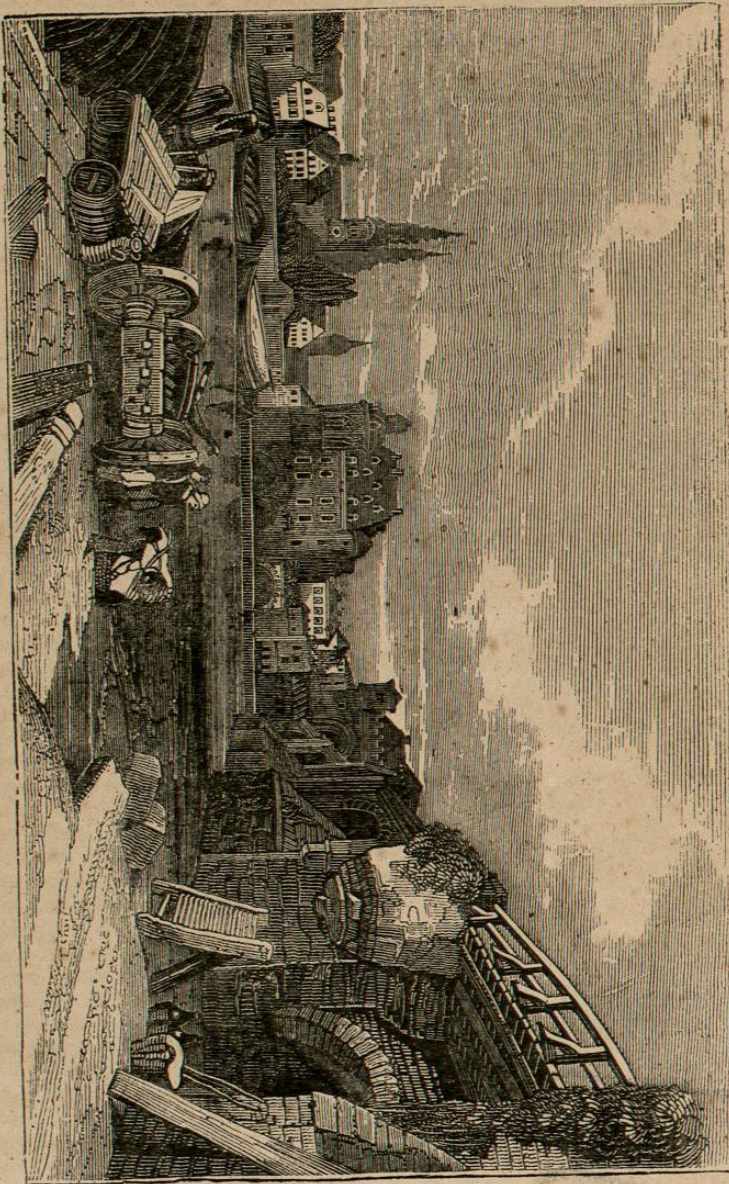
—Nos saludamos por última vez. Volví á

(1) ¿Qué quereis?

(2) ¡Iremos pronto á ver el sepulcro de aquella querida milady?

(3) Otro vaso de ese excelente Ingelheim.

(4) Milord, este caballero está á vuestra disposicion.



Vista de Coblenza.—Pag. 83.—O.

subir á mi habitacion, y los dos ingleses continuaron bebiendo.

Al día siguiente por la mañana me despertó el mozo á las cinco, y le dije fuese á traerme la cuenta mientras me vestía; salió y volvió un momento despues con lo que le habia pedido.

En vano buscaba en la cuenta el vaso de Johannisberg que habia bebido al llegar, y el precio del carruage. En cuanto á lo demas, era tratado como todos: esto era de mucho gusto. Pregunté al mozo si como le habia encargado, me habia procurado un medio de trasporte cualquiera. Me respondió que el señor Simrock me esperaba con su carruage; deseaba llevarme hasta Rungsdorf, es decir, á las siete montañas.

—Bajé, y le pedí noticia de sus dos ingleses.

—Continuan allí, me dijo.

—¡Cómo! ¡aun allí! ¿todavía bebiendo?

—¡Oh! no, ahora duermen.

—¡Cómo! ¿duermen?

—Duermen donde se encuentran. ¡Oh! ¡ellos no tienen necesidad de camas á la francesa!

—¡Pardiez! tengo la curiosidad de verlo.

—Es muy fácil. Entrad.

Empujé la puerta suavemente, milord S.... se habia caído de su silla y estaba tendido en el suelo con su copa en la mano (1); el estudiante estaba echado con la cabeza encima de la mesa, estrangulando con su mano derecha el cuello de una botella de vino de Champagne.

Conté los muertos, tanto de Johannisberg y de Champagne como de Ingelheim: habia catorce botellas vacías.

Respeté su sueño; pero no queriendo dejar á los dos ingleses en la idea de que un francés se quedaba tras de ellos en cortesania, tomé dos tarjetas, y metí una en el vaso de milord, y otra en el cuello de la botella de su camarada.

Estaba hecha mi visita.

Subi al punto en el carruage, y partimos.

LA DRAKENFELS.—COBLENTZA.

Despues de haber salido de Bonn, fuimos por un camino encantador, que costea una orilla del Rhin, resguardado al otro lado por la base de una cadena de montañas sembradas de aldeas, castillos y vilas. Encontramos á

(1) Así se llaman los vasos de vino del Rhin porque han conservado la forma de la copa en que hacían beber á los emperadores romanos el día de su coronación.

nuestra izquierda, en una de las laderas del camino, un pequeño monumento llamado Hock Kreuz (la Cruz alta). Ninguna tradicion encierra aquella capillita del mas bonito gusto gótico; es simplemente un testimonio de la piedad de monseñor Valram de Juliers, arzobispo de Colonia, uno de mis antiguos conocimientos, que representa un papel en mi novela de la *condesa de Salisbury*.

Desde allí es desde donde se empieza á descubrir bajo su mas pintoresco punto de vista, las bellas ruinas de Godesberg. Al salir de esta aldea, tomamos á nuestra izquierda por un caminito de travesía que nos condujo en pocos minutos á la aldea de Rhungsdorf, orilla del Rhin, donde nos encontramos muchas lanchas en espera de los viajeros; en pocos minutos mas fuimos trasportados á Koenigsinter, lindo caserío situado en la otra orilla. Nos informamos de la hora en que pasaba el buque de vapor, y nos contestaron que pasaba al medio día. Esto nos daba de tiempo cinco horas; era mas de lo que se necesitaba para visitar las ruinas de Drakenfels.

En cuanto pusimos el pie en tierra, como no dudaron que fuésemos trepadores, recibimos una carga de un verdadero escuadron de burros, burreros y burreras, que nos envolvían y se pusieron á alabar cada uno las cualidades de su cabalgadura. Uno de estos corceles nos sedujo por el contraste de su magnífica silla y la modestia de su nombre, se llamaba Juanito Hacuschen. Su amo, prometió por él, bajo palabra de honor, que no se revolcaría ni pasaría muy cerca de los precipicios. Mediante estas dos promesas, nuestra compañera de viage, se confió á él.

Juanito cumplió su palabra, por lo que puedo recomendarle en conciencia á las lindas viageras de todos los paises que desean no verse precipitadas en algun barranco.

Despues de tres cuartos de hora de subida próximamente, por un bonito sendero que rodea la montaña, llegamos á la primera meseta, donde encontramos una posada y una pirámide. Juanito se dirigió directamente á la una y yo á la otra; de modo, que por lo que respecta al parador me veo obligado á referirme á él. En cuanto á la pirámide, se elevó en memoria del paso del Rhin por el ejército prusiano.

En las cuatro caras de la base hay las inscripciones siguientes:

¡Honor y gloria al Altísimo!

¡Paz y libertad á la patria!

¡Honor á los héroes que han sucumbido!

¡A los héroes, homenaje de la Lansturna de Siebengeberg!

Como se ve, hay en la cuarteta de Lansturna de Siebengeberg mas patriotismo que imaginacion; pero parece que la lansturna ha